

HAMISH

Y LOS
PARAMUNDOS



ILUSTRACIONES
DE JAMIE LITTLER

DANNY WALLACE

sm



Para EB y Clo,
con todo mi cariño.
Danny Wallace

Para mi hermana Nicole,
por su cara.
Jamie Littler

Primera edición: septiembre de 2015

Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Xohana Bastida
Diseño editorial: Paul Coomey

Título original: "Hamish and the Worldstoppers"
Traducción: Ana H. de Deza

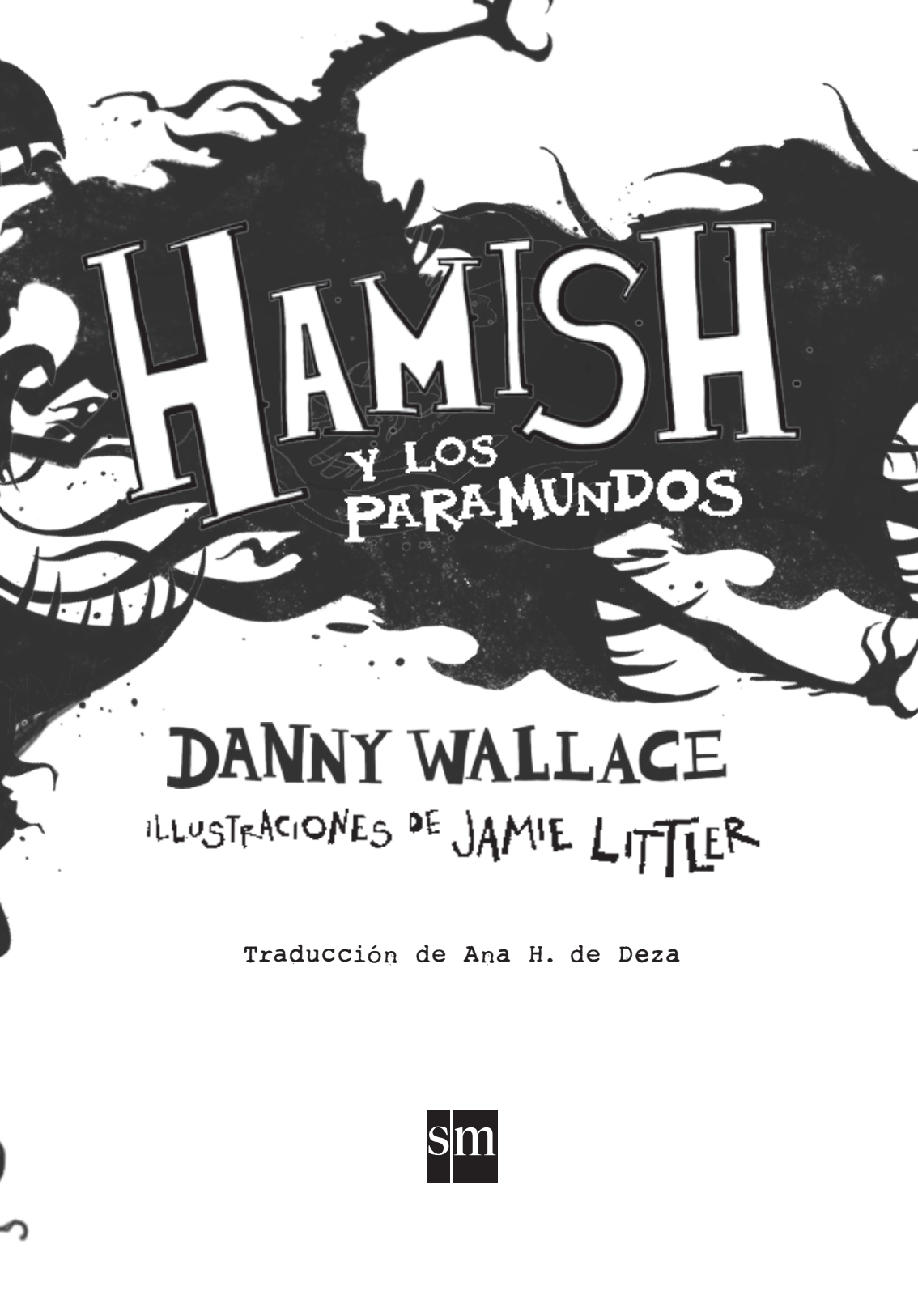
Publicado originalmente en 2015 en el Reino Unido
por Simon & Schuster - www.simonandschuster.co.uk

© del texto: Danny Wallace, Ltd., 2015
© de las ilustraciones: Jamie Littler, 2015
© Ediciones SM, 2015
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



HAMISH

Y LOS
PARAMUNDOS

DANNY WALLACE
ILUSTRACIONES DE JAMIE LITTLER

Traducción de Ana H. de Deza



HERMANADO CON BLANDLING, OHIO

ESTORNO

QUIOSCO
DE LA
SIESTA

EL SEÑOR
DE LAS
PATATAS

OFICINA
DE
CORREOS

PLAZOLETA
LOVELOCK

Casa de
Mish

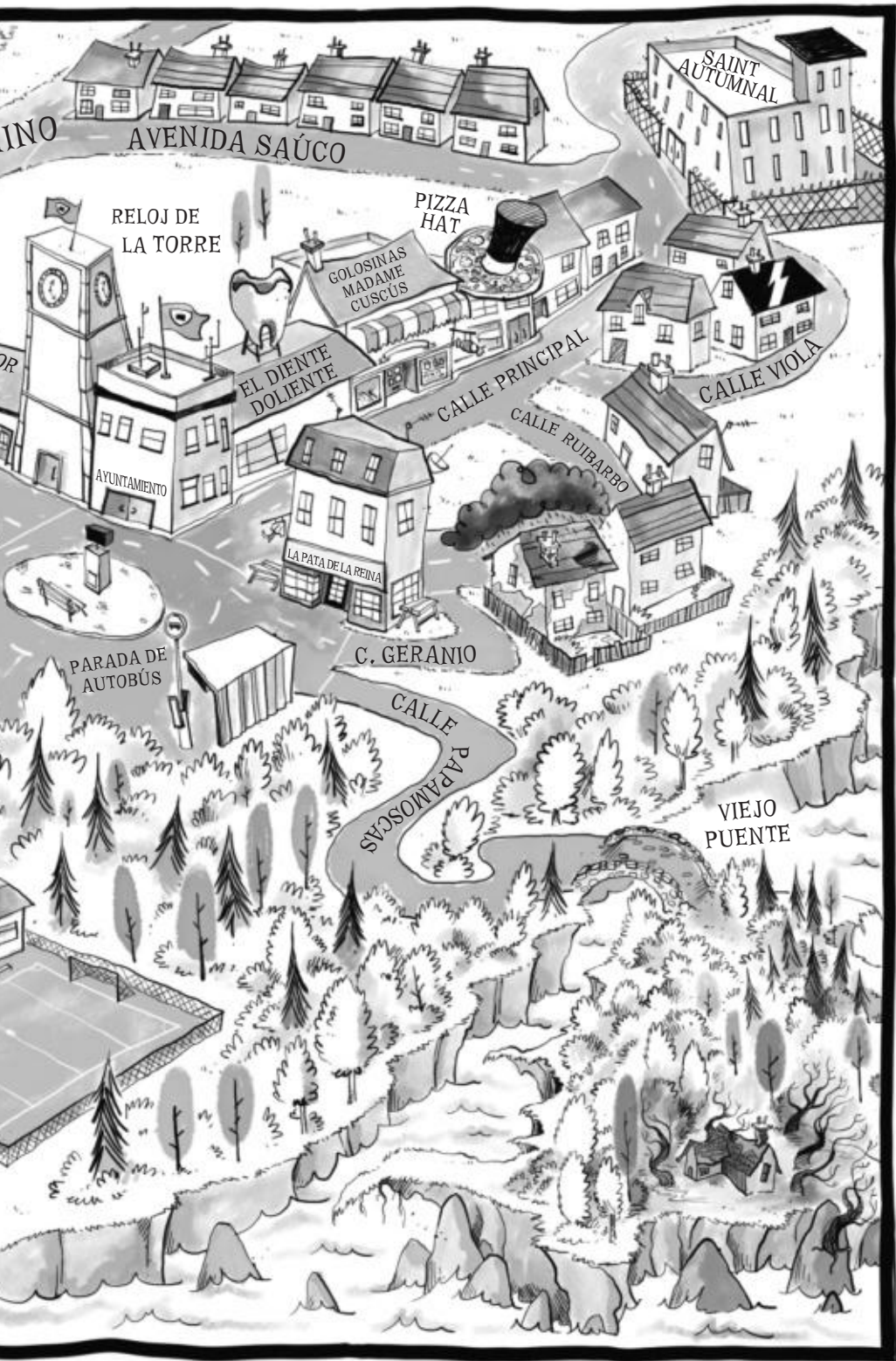
FERIA

AVENIDA JENGIBRE

COLEGIO
WINTERBOURNE

PROPIEDAD DE LA OFICINA DE INFORMACIÓN
Y TURISMO DE STARKLEY





Automóviles Slackhaw

**¡Coches
a troche
y moche!**

**¡Nos quitan
las vespas
de las manos!**

**¡Venga
a probarlas
HOY!**

**Enfrente
del Señor
de las Patatas**

¿ERA UNA POLILLA?

¿Alguien vio una polilla en el patio de Automóviles Slackhaw el pasado martes?

«Puede que fuera una polilla o un trozo de plástico marrón», declaró la vecina Lorna Boom. «No la vi muy bien porque tenía hora en la peluquería en British Hairways con Diane, que es la que me corta el pelo normalmente, pero estaba de vacaciones y al final me lo cortó Barry».

Diane ha vuelto de sus vacaciones esta mañana, pero no ha podido hacer declaraciones sobre si era una polilla o un trozo de plástico marrón. (Recientemente perdió uno mientras hacía el examen de conducir en un Volvo de segunda mano).

Noticias y cocina

SUPER- MERCADO VACÍO A LAS ONCE

No había nadie en el supermercado a las once en punto de la mañana del lunes, aunque, según las declaraciones, entró un cliente unos minutos después.

«Compré helado de chocolate y dos huevos», dijo la asombrada señora Fimble. «Fue espeluznante. No hice otra cosa que mirarle».

Todo regresó a la normalidad el martes.



UNA MUJER MARCA UN NÚMERO EQUIVOCADO

El dentista Eric Fussbundler tuvo una extraña mañana de lunes cuando respondió al teléfono y una mujer le preguntó por «Maureen».

«Pero aquí no vive ninguna Maureen», explicó Eric. «Así que le dije que se había equivocado. Me pidió disculpas y no he vuelto a saber de ella, así que supongo que finalmente lograría ponerse en contacto con la tal Maureen. Fue muy sorprendente; ¡Deben de haberse reído mucho del asunto!».

EL RELOJ DEL PUEBLO SIGUE ADE- LANTANDO

El reloj de la plaza de Starkley sigue adelantando, revela un experto que tiene un reloj.

«Me quedé aquí, inmóvil, esperando un rato que se me hizo eterno... ¡y el minutero avanzó a toda velocidad!», dijo. «¡Hay que hacer algo!». No se ha planteado ninguna medida.

¿ALGUIEN HA PERDIDO UN LÁPIZ?

Este lunes se ha hallado un lápiz cerca de un contenedor.

«Tenemos la esperanza de devolvérselo a su dueño, sea quien sea», declaró Saxon Wix, policía municipal. «¡No descansaremos hasta que regrese a su legítimo propietario!».

El lápiz es amarillo, con goma de borrar y forma de lápiz. «Tiene el largo de un lápiz

UNA PATATA PARECIDA A UN PERRO

Tinky Patel, vecino de Starkley, cree que los lectores deben conocer la fotografía que sacó de una patata pequeña que, en su opinión, parece un perro.

«Parece un perro», declaró el señor Patel. «Aunque solo sea una patata. Esperen, que se la enseñe».

El señor Patel finalmente no encontró la foto, pero aseguró que la patata parecía un perro.

normal», dijo el policía Wix, «y en un lado está escrito el nombre de MANJIT SIGHDA-LIWAL».

La policía agradecerá cualquier dato que puedan aportar los habitantes para resolver el caso.

UN H SE EC DE TI

El anciano reside en... quería ir l... ¡y entró en...

«En cuan... error, fui a... claró el señ...

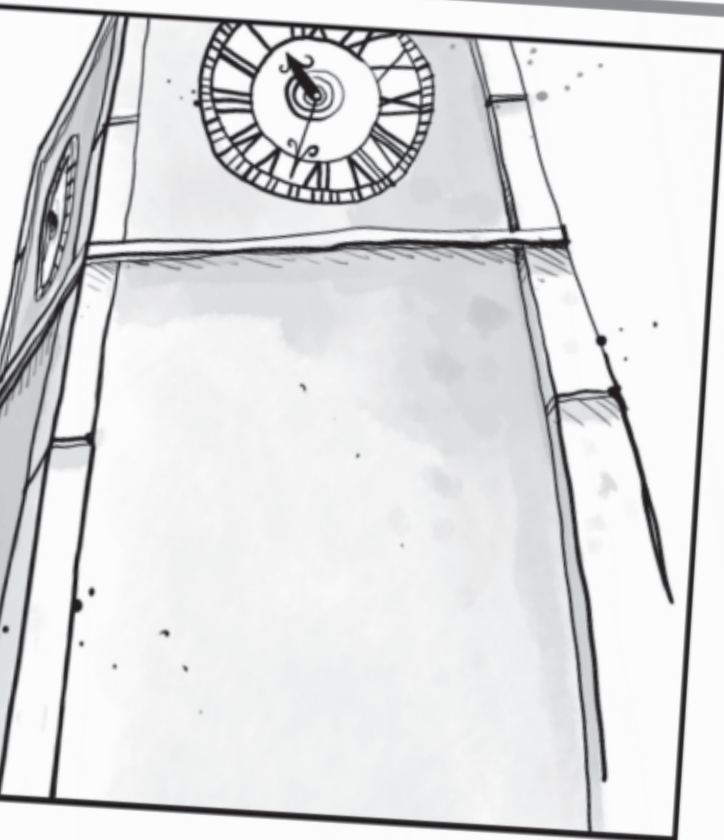
Esta notic... al pueblo y... en la más p... los tiempos... na web. Ha...

TIENDA DE CHU

PUEBLO MENOS ABURRIDO DE INGLATERRA

o de Starkley

PRECIO: 65 p.



OMBRE QUIVOCA ENDA

o señor Neate, que
la calle Geranio,
hoy a la panadería
n la carnicería!
to me di cuenta del
la panadería», de-
or Neate riéndose.
ia ha dado la vuelta
se ha convertido
popular de todos
en nuestra pági-
superado incluso

*a Un extraño coche amarillo
en el pueblo y ¿Qué es ese
olor?*

EL AYUNTA- MIENTO SE PLANTEA COMPRAR UNA IMPRESORA

Hace cinco años, el ayunta-
miento de Starkley compró una
nueva impresora de oficina

a Alan Cartridge, en Frinkley,
y ahora se plantea reemplazarla.
«Todavía es pronto para anun-
ciarlo, pero estamos conside-
rando la posibilidad de adqui-
rir una nueva impresora en
color», dijo la portavoz,
Tiffany Ramp. «Por supuesto,
no lo haremos mientras la
impresora que tenemos con-
tinúe funcionando».

El año pasado, el ayunta-
miento adquirió una nueva
alfombrilla de ratón, un lujo
que el profesor Ever Long-
blather calificó de «locura».

TIENDA DE CHUCHERÍAS INTERNACIONALES
MADAME CUSCÚS
NE PESADO EN STOCK

«Tentativo»
devoí verselo a su dueño, sea
quien sea», declaró Saxon Wix,
policia municipal. «No des-
cansaremos hasta que regrese
a su legítimo propietario!».
El lápiz es amarillo, con
goma de borrar y forma de lá-
piz. «Tiene el largo de un lápiz

«y en un lado...»
nombre de MANITT SIGHDA-
LWAL».
La policia agradecerá cual-
quier dato que puedan aportar
los habitantes para resolver el
caso.

Esta noticia ha dado la vuelta
al pueblo y se ha convertido
en la más popular de todos los
tiempos en nuestra página

Hace cinco años, el ayunta-
miento de Starkley compró una
nueva impresora de oficina

que el profesor
blather calificó de «locura».

CHUCHERÍAS INTERNACIONALES



¿Qué narices?

Hamish Ellerby estaba sentado tras su pupitre, inmóvil y con los ojos del tamaño de mandarinas.

Estaba inmóvil porque se había quedado total y absolutamente petrificado.

Aquello era muy raro.

¿Qué demonios estaba pasando?

En serio, ¿qué demonios?

Había sucedido en un instante. Una cosa terrorífica, horrible, maravillosa, increíble, horrorosa, asombrosa.

Habría querido levantarse y echar un vistazo a su alrededor, pero fue incapaz. Estaba demasiado asustado para mover un solo músculo.

¡Era alucirraro!

Hacía cuestión de segundos, el larguirucho señor Longblather se había inclinado sobre la mesa y había apoyado los nudillos, como siempre que estaba a punto de hacer una pregunta a la clase de 4.º E del colegio Winterbourne.

—¿Quién me puede explicar la erosión del suelo? —preguntó, y todos hundieron los hombros a la vez, porque si



existía algo más aburrido que la erosión del suelo, nunca se lo habían contado.

El señor Longblather era una de esas personas especialmente aburridas, con un talento especial para hacer que las cosas aburridas fueran más aburridas aún. Era un profesor tan aburrido que resultaba extraordinario (en el sentido de que se salía de lo normal).

Hamish se había quedado mirando su estuche, poniendo cara de «A ver, a ver, espera que piense...». Se pasó la mano por el pelo negro y espeso, al que su madre llamaba la Pelambreira, y cerró con fuerza sus ojos verdosos como si intentara recordar la respuesta. A veces, bastaba con eso para convencer a la gente de que estaba pensando en la erosión del suelo. (La verdad: Hamish nunca había pensado en la erosión del suelo. No era algo que le preocupara especialmente. Siendo sinceros, ni siquiera sabía lo que era la erosión del suelo).

—¡La erosión del suelo! —insistió el señor Longblather, que parecía un poco molesto—. ¡Vamos, **4.º E!** ¡La erosión del suelo!

El profesor puso los brazos en jarras y soltó un largo suspiro. Hamish siguió mirando su estuche.

—¡Seguro que **ALGUIEN** sabe **ALGO** de...

Y entonces el señor Longblather hizo una pausa.



Una pausa muy larga.

«Menuda pausa tan dramática», pensó Hamish.

Hubiera quedado genial en una telenovela o un concurso. Pero pronto acabaría, claro. Las pausas siempre acaban; por eso se llaman pausas y no paradas.

Pero la pausa siguió. Y siguió.

Y más y más y un poco más.

Nadie decía ni una palabra, de hecho. La clase nunca había estado tan silenciosa. Era muuuuuy incómodo. Así que, finalmente, Hamish levantó la cabeza y levantó la mano. Pero no sucedió nada.

El señor Longblather no dijo: «Hamish Ellerby, mi maravilloso alumno, por favor, cuéntanos todo lo que sepas de la erosión del suelo».

Tampoco dijo: «Hamish Ellerby, eres la salvación del colegio, el niño más fabuloso del mundo y un futuro experto de fama mundial en la erosión del suelo».

Ni siquiera dijo: «Venga, Hamish, suelta algo de una vez».

El señor Longblather no dijo absolutamente nada.

Y entonces Hamish se dio cuenta de que algo iba mal. Porque cuando subió la vista al fin, vio que el señor Longblather estaba absolutamente quieto.

Parado.



Congelado.

Petrificado como una estatua.

Inerte.

Inmóvil.

Inmóvil del todo.

«Vale, esto es raro», pensó Hamish. Frunció el ceño y examinó con más atención al profesor, que tenía la boca abierta. Su lengua rechoncha flotaba cerca de los dientes delanteros. El señor Longblather tenía un bigote muy fino y caído que parecía un poco triste de estar ahí, como si intentara escapar de su cara. Hamish distinguió algo de saliva brillante entre los pelos castaños, finos como el alambre.

Y entonces descubrió algo aún más extraño, si es que eso era posible.

Había una bolita de saliva flotando en el aire a unos centímetros de la boca del señor Longblather. Reflejaba la luz del sol y brillaba como una estrella en miniatura.

No era nada raro que el señor Longblather duchara con saliva a la clase entera. Era una de esas personas que escupen un poquito cuando hablan; seguro que conoces alguna. Cuando son profesores, hacen que todo el mundo se pelee por sentarse en la última fila. De hecho, el señor Longblather escupía tanto que la madre de Astrid





Carruthers incluso le dejaba llevar un paraguas a clase. Lo que sí que era raro es que la burbujita de líquido estuviera flotando.

¿Cómo podía estar allí suspendida? ¡Era fascinante! A Hamish le dieron ganas de tocarla. Era la primera vez en su vida que le daban ganas de tocar la saliva de otra persona.



Se giró para comprobar si los demás alumnos de 4.º E se habían fijado en el escupitajo parecido a una estrella, y entonces se quedó aún más asombrado.

¡Ellos también estaban inmóviles! ¿Cómo era posible?

Nadie se movía.

El abusón del colegio, Grenville Bile, había levantado el meñique sucio y regordete. Estaba a punto de metérselo en la nariz y tenía una mueca de asco, como si estuviera oliendo un queso especialmente apestoso.

Pero no se movía.

Colin Robinson tenía una nalga flacucha ligeramente levantada de la silla y una mirada muy culpable.

Pero no se movía.

La cerebrita, Astrid Carruthers, aferraba el paraguas con las dos manos, lista para presionar el botón y abrirlo si el señor Longblather se acercaba a hacerle una pregunta y la duchaba en saliva.

Pero no se movía ni pizca.

Hamish empezó a sudar.

—¿Hola? —dijo, y su voz resonó en el silencio sepulcral de la clase—. ¿Hola...?

Junto a él, su amigo Robin estaba a mitad de un parpadeo. Si hubiera sido una foto, lo habrían borrado por lo mal que había salido.



Hamish estaba empezando a entrar en pánico. Miró por la ventana y vio al bedel del colegio, Rex Ox. ¡Tal vez podría llamarle!

Pero los anchos hombros del señor Ox estaban inmóviles. Los pies parecían clavados en el suelo. El cañón para soplar hojas que tenía en las manos, de color naranja brillante, no hacía ningún ruido.

¡Era increíble! ¡Las hojas flotaban en el aire a su alrededor! ¡Y allí, junto a los contenedores, un gato que saltaba de una pared a otra... se había quedado colgado en mitad del aire! Parecía una especie de globo raro con forma de gato.

Y entonces, Hamish apretó las manos contra el cristal, miró al cielo... ¡y vio un avión inmóvil! ¡Como si lo hubieran pinchado entre dos nubes que no se movían ni un centímetro!

Los ojos de Hamish intentaron absorberlo todo, cada vez más grandes y redondos...

¿Qué podía hacer? ¿Cómo reaccionar cuando el mundo entero se para?

Su mente iba a toda velocidad. «Vamos, Hamish, ¡piensa!». Era un chico listo. Una vez se había leído un libro entero sobre la gravedad. Y era capaz de deletrear la palabra «malevolante».



No, era «melevolente». No, «malovolente».

¡Daba igual! Lo importante era que sabía deletrear un montón de palabras.

¿Sería una broma pesada? ¿Un sueño? ¿Una prueba? Pero faltaba mucho para el día de los Inocentes... ¿Le estaban tomando el pelo todos? ¿Se estarían riendo de Hamish Ellerby?

Aquello era demasiado para un niño de diez años. Así que Hamish tomó una importante decisión. Sabía exactamente lo que debía hacer: lo mismo que estaban haciendo todos los demás.

Es decir, nada en absoluto.

Así que se quedó allí sentado. Callado. Confuso. Mirando de vez en cuando el reloj de la pared, que también se había parado.

Y poco a poco, a medida que se alargaba la pausa, Hamish se fue dando cuenta de que estaba muy, pero que muy asustado. «¿Y si el mundo nunca vuelve a ponerse en marcha?», pensó. «¿Y si esta clase sobre la erosión del suelo continúa eternamente?».

Las manos empezaron a temblarle. Tenía ganas de llorar. Si el mundo jamás volvía a ponerse en marcha, sería el único niño capaz de moverse en todo Starkley. ¿Con quién jugaría? ¿Volvería a hablar con su madre? ¿Y si tam-



bién ella se había quedado inmóvil? ¿Quién le prepararía salchichas con puré? ¿Quién le daría dinero para comprar chocolatinas Chomp? Un momento... ¡Peor que eso! ¿Y si era el fin del mundo?

Se le revolvió el estómago como si tuviera un tejón dentro. Un tejón que se retorció sin parar. Uno con un problema nervioso muy grave que no lo dejaba estar quieto.

Pero siguió esperando.

Y entonces, al cabo de lo que podría haber sido un minuto, una hora o un mes...

—... ¡LA EROSIÓN DEL SUELO!

—gritó el señor Longblather, y Hamish se pegó tal susto que golpeó el pupitre con las rodillas.

La estrella fugaz de saliva terminó su recorrido y aterrizó justo en la punta de la nariz de Hamish. Pero no le importó.

¡Las cosas se movían!

El reloj continuó avanzando como si no hubiera pasado nada. Se oyó un timbre en alguna parte. Uno de los nudillos peludos del señor Longblather se estrelló contra el escritorio.

Hamish se volvió hacia Grenville, que seguía hurgando con el dedo en busca de lo que él llamaba «los frutos de



mi nariz». En el exterior, los coches pasaban tan tranquilos. El gato aterrizó sano y salvo y se escabulló detrás de los contenedores, que se tambalearon cuando chocó contra uno de ellos. Las hojas marrones bailaron alrededor de la cabeza de Rex Ox mientras el cañón rugía.

Hamish sintió un alivio enorme. Las copas de los árboles se balanceaban, las sombras se movían, los aviones volaban, las nubes flotaban, el viento soplaba... y el señor Longblather aún esperaba una respuesta.

—Puedo seguir preguntando hasta el fin de los tiempos... —masculló, molesto.

Y todo el mundo se echó a reír cuando a Colin Robinson se le escapó un pedete.